

# Estrechadas entre los Brazos de su Amor

Ardeth G. Kapp

*Conferencia de Mujeres de BYU*

## INTRODUCCIÓN

He tenido muy presente en mi mente la responsabilidad de discursar en esta ocasión. Al prepararme para esta asignación, con muchas oraciones fervientes y ansiedad, vino a mi mente una inquietud de mi sobrina de cuatro años de edad, Sharon Kay. Cuando le pidieron que diera su primer discurso en la Primaria, una responsabilidad grande para una niña tan pequeña, ella corrió a contarle a su mamá, y luego agregó con emoción, "Mamá, mamá, ¿qué vestido me pongo?" Yo me he hecho esta misma pregunta, pero no encontré mi respuesta en el almacén del diseñador de vestidos en el centro comercial sino en otro lugar menos concurrido.

En las cartas de Pablo a los Efesios, él identifica la moda de actualidad para ustedes y para mí: Debemos tomar toda la armadura de Dios, para que podamos resistir en el día malo, con nuestros lomos ceñidos con la verdad, y vestidos con la coraza de justicia, y calzados los pies con el apresto del Evangelio de la paz, y sobre todo, tomando el escudo de la fe, con que podamos apagar todos los dardos de fuego del maligno y abrir nuestra boca (véase Efesios 6:13–19). Lo que escojamos para usar en cuanto a esto es mucho más significativo que lo que seleccionemos de nuestro armario de ropa.

Éste es un tiempo histórico. Casi que puedo oír a los amigos con quienes he trabajado a través de los años diciendo, "Ella siempre dice eso," y así es. Pero consideren dónde estamos hoy. En retrospecto, hace relativamente poco tiempo conmemoramos y honramos a los primeros santos fieles que dieron tanto para que nosotros pudiéramos gozar de las bendiciones que tenemos hoy y los cimientos de la Iglesia sobre los cuales nosotros edificamos ahora. Viendo hacia el futuro, tenemos una gran obra que realizar. El propósito de esta conferencia no es agobiarnos, sino edificarnos; no es separarnos haciendo comparaciones, competencias o dando quejas, aquellas cosas que debilitan el espíritu, sino unirnos y fortalecer nuestra influencia justa más allá de nuestra habilidad natural. El propósito de esta conferencia no es enviarnos a casa perfeccionadas, sino llenarnos de confianza para que a medida que avanzamos paso a paso, tomando un día a la vez, aumentando nuestra justa influencia dondequiera que estemos, hagamos nuestra parte.

El presidente Spencer W. Kimball habló de nuestro tiempo con estas palabras proféticas: "La mayor parte del gran crecimiento que está teniendo la Iglesia en el últimos días se deberá a muchas de las mujeres buenas del mundo (en quienes a menudo hay un gran sentido interno de espiritualidad) serán atraídas a la Iglesia en grandes números. Esto sucederá al grado que las mujeres de la Iglesia reflejen justicia y elocuencia en sus vidas y al grado en que ellas sean vistas como distintas y diferentes—en un sentido positivo—de las mujeres del mundo" (*My Beloved Sisters*, 1979, pág. 44). Él dijo además que, "El ser una

mujer virtuosa durante las etapas finales en esta tierra, antes de la segunda venida de nuestro Salvador, es un llamamiento grandioso. La fortaleza e influencia de la mujer virtuosa hoy en día puede ser diez veces más grande que lo que puede ser en tiempos más tranquilos" (*My Beloved Sisters*, 1979, pág. 17).

¿No ardieron nuestros corazones con el llamado de un profeta, el presidente Gordon B. Hinckley, en la última reunión general de la Sociedad de Socorro? Escuchen nuevamente sus palabras, "Levántense, hijas de Sión, acepten el gran reto que tienen ante ustedes" ("Caminando a la Luz del Señor," *Liahona*, noviembre de 1998, pág. 117). En otra ocasión él pidió, "un poco más de esfuerzo, un poco más de autodisciplina, un poco más de esfuerzo concentrado . . . Ustedes pueden hacer las cosas mejor de lo que las están haciendo" ("The Quest for Excellence," Devocional de BYU, noviembre de 1998). ¿Debe parecernos esto como un regaño? No, no, pienso que no. Más bien, es un testimonio de un profeta acerca de nuestro potencial, nuestra naturaleza divina, nuestra habilidad para hacer una diferencia en este tiempo histórico. ¿Podría ser que él nos conoce y conoce nuestras circunstancias mejor que nosotras mismas?

Quizás podemos oír en nuestras mentes las palabras familiares de otro tiempo y estación, "¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?" (Ester 4:14). Ésta es nuestra hora, mis queridas hermanas, nuestro desafío y nuestra oportunidad, quienquiera que seamos, dondequiera que estemos y cualquiera que sean las circunstancias. Nuestro Padre Celestial nos conoce y cuenta con cada una de nosotras para que hagamos nuestra parte. Y podemos hacerlo. Recibimos fuerza y poder a través de nuestros convenios los cuales proveen una relación especial con nuestro Padre Celestial. A través de la gran misericordia y el amor de Jesucristo y nuestra obediencia, recibimos "un poder que nos permite hacer cosas que no podríamos hacer por nuestra propia cuenta" (véase *Bible Dictionary*, pág. 697).

En esta hora me paro ante ustedes, pero en todas las demás circunstancias me siento honrada, humilde y comprometida a pararme a su lado, mis hermanas en el Evangelio, juntas en nuestra hora y circunstancia.

Lo que queda atrás y lo que nos espera por delante no es tan importante hoy como lo que está dentro de nosotras. Nuestro Padre Celestial está comprometido. Él estará con nosotras hasta el fin. Él nos ha dado el modelo. Es un modelo que no cambia. Es un modelo basado en amor y obediencia, sacrificio y servicio.

Es un modelo que se ha hecho posible por medio del sacrificio de Jesucristo, el cual se entiende al hacer y guardar convenios sagrados. Podemos esperar oposición, pero podemos hacerle frente al desafío. Sobre este modelo es que deseo hablar hoy.

## **EL MODELO DE AMOR Y OBEDIENCIA**

He oído la historia de una madre que, con el deseo de estimular el progreso de su hijo en el piano, compró boletos para un concierto de Paderewski. Cuando llegó la noche del evento, encontraron sus puestos hacia el frente de la sala de conciertos y vieron el majestuoso [piano] Steinway esperando en el escenario. Al poco tiempo la madre empezó a

hablar con una amiga y el chico se fue. A las ocho en punto empezaron a apagar las luces del auditorio, se prendieron los reflectores, y en ese momento se dieron cuenta de que el chico estaba sentado en la banca del piano, tocando inocentemente, "Centella, centella, pequeña estrella," en el Steinway. Su madre quedó boquiabierta, pero antes de que pudiera ir a recoger a su hijo, apareció el maestro en el escenario y rápidamente se acercó al teclado. Le susurró al chico, "No pares, sigue tocando." Inclínándose, Paderewsky estiró la mano izquierda y empezó a tocar el bajo. Luego estiró su brazo derecho para alcanzar el otro lado e improvisó un deleitable [obligato]. Juntos el viejo maestro y el joven novato cautivaron a los audiencia.

Aunque nuestras vidas estén sin pulir, es el Gran Maestro quien nos rodea. Dios es nuestro Padre. Somos Sus hijos. Él nos conoce.

Él sabe cuáles son nuestras necesidades y nos invita a ir a Él para estrecharnos entre los brazos de Su amor. Él quiere que lo conozcamos y que sintamos Su amor. Tenemos Su palabra: "Iré delante de vuestra faz. Estaré a vuestra diestra y a vuestra siniestra, y mi Espíritu estará en vuestro corazón, y mis ángeles alrededor de vosotros, para sosteneros" (D. y C. 84:88).

No tenemos que esperar hasta el fin de nuestro concierto o hasta el final de la vida para que alguien haga lo que no podemos hacer cuando somos insuficientes por causa de nuestras debilidades, nuestras imperfecciones, y aun nuestros pecados. La doctrina de gracia y misericordia a través de la Expiación, es un proceso continuo, hora tras hora, y aun minuto tras minuto.

Hace unos años, el élder Bruce R. McConkie habló en el entierro de una amiga mía y dijo algo que me ayudó a entender mejor este concepto. Él dijo, "No necesitamos pensar eternamente acerca de Dios nuestro Padre Eterno como un personaje omnipotente, todopoderoso, glorificado . . . Sería mejor que pensáramos en Dios nuestro Padre como simplemente eso—como un padre . . . como un ser personal cuya faz hemos visto y en cuya casa hemos morado, cuya voz hemos escuchado, cuyas enseñanzas hemos aprendido mucho antes de haber nacido" (Mensaje del funeral de Florence Johnson, texto escrito en mi posesión, pág. 27).

Cualquiera que sean sus sentimientos en este momento— alegría, gratitud, emoción, optimismo y paz en su corazón, o quizás un tiempo de prueba cuando están luchando contra el desaliento, la depresión, aun la desesperación, con preocupación por un hijo desobediente o por problemas en la relación con alguien, una oración aparentemente no contestada, preocupación por la vida de un ser querido, tristeza por el pecado, sentimientos de indignidad, o simplemente sentimientos de insuficiencia, cualquiera que sea la carga que llevan sobre sus hombros en este momento, escuchen en su corazón y en su mente estas palabras de un amoroso Padre Celestial: ". . . te he hablado a causa de tus deseos; por tanto, atesora estas palabras en tu corazón" (D. y C. 6:20). Considerando dónde nos encontramos en este momento, en este centro universitario, asistiendo a esta conferencia, indudablemente demuestra nuestros deseos. Y ¿cuáles son estas palabras dadas por revelación a través del Profeta que él quería que atesoráramos en nuestros corazones? Estas palabras, tomadas de la

Doctrina y Convenios, sección 6, han llegado a ser el enfoque y el tema de la Conferencia de Mujeres de este año: "*Sé fiel y diligente en guardar los mandamientos de Dios, y te estrecharé entre los brazos de mi amor*" (D. y C. 6:20). Es mediante la obediencia a los mandamientos de Dios, los cuales nos ha dado por amor a nosotros para que tengamos paz y felicidad, que podemos sentir su amoroso abrazo.

El Señor ha fijado los términos para las recompensas y para las prometidas bendiciones de exaltación. El ser discípulos requiere esfuerzo pero ni una partícula más de lo que podamos aguantar, y tampoco menos. Él quiere que lleguemos a ser como Él. Somos un pueblo del convenio. El presidente George Q. Cannon explicó: "Cuando entramos en las aguas del bautismo e hicimos un convenio con nuestro Padre Celestial de servirle y guardar Sus mandamientos, Él también se comprometió con nosotros por medio del convenio a que nunca nos abandonaría, nunca nos dejaría solos, nunca nos olvidaría; que en medio de las pruebas y las penas, cuando todo estuviera en nuestra contra, Él estaría cerca de nosotros y nos daría sustento" (George Q. Cannon, *Gospel Truth*, Volumen 1, pág. 170). Él nunca deja de amarnos y siempre desea ayudarnos y bendecirnos. En las palabras de Isaías, "Porque yo Jehová soy tu Dios, quien te sostiene de tu mano derecha, y te dice: No temas, yo te ayudo" (Isaías 41:13).

Oh, si tan sólo pudiésemos entender la amplitud y la profundidad, la extensión y el alcance de Sus brazos de misericordia, y todas las bendiciones que hay a nuestro alcance cuando respondemos a su misericordiosa súplica, "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar" (Mateo 11:28). Con razón de vez en cuando anhelamos volver a nuestro hogar. Pero no volveremos allí hasta que hayamos cumplido con el trabajo que vinimos a hacer. Aun el Salvador no recibió la plenitud al principio, sino que recibió de gracia en gracia (véase D. y C. 93:12–13). No debemos impacientarnos ni desanimarnos, sino que debemos escuchar con nuestro corazón el mensaje alentador, "No pares, sigue tocando."

A través del gran plan de felicidad, podemos erradicar nuestros temores, nuestra incertidumbre en cuanto a si podemos hacerlo o no, nuestras dudas sobre si vamos a estar incluidos entre aquellos que serán estrechados en los brazos de nuestro Salvador.

El élder Bruce C. Hafen escribió: "La persona que más necesita entender la misericordia del Salvador es probablemente una persona que ha trabajado hasta quedar agotado al hacer un esfuerzo sincero por arrepentirse pero quien todavía cree que su separación de Dios es permanente y desesperada . . .

"Me doy cuenta de que un creciente número de miembros de la Iglesia profundamente comprometidos se sienten agobiados, más allá del punto de ruptura con desaliento por sus vidas personales. Cuando nosotros habitualmente subestimamos el significado de la expiación, tomamos riesgos más serios que simplemente dejarnos los unos a los otros sin promesas consoladoras, pues algunos se saldrán de la carrera cansados y vencidos con la dura y falsa creencia de que ellos no son material celestial" (Bruce C. Hafen, *Broken Heart*, 1989, pág. 5) .

Cuando entran en nuestra mente esos sentimientos sucede como el comején que puede corroer justo los cimientos de nuestra fe y esperanza y disminuir nuestra influencia justa. Veamos en las Escrituras. A menudo me he referido a mis Escrituras como las cartas de mi hogar. Si ustedes pudieran salir al buzón del correo en un día muy triste, cuando las nubes de la vida se sienten pesadas, y recoger una carta dirigida a ustedes personalmente, ¿sería más significativa? Consideren esta carta del Señor. Escríbanla con su nombre propio en la introducción si es necesario, pero léanla de la manera como leerían una carta de alguien que les ama mucho: "He aquí, sois niños pequeños y no podéis soportar todas las cosas por ahora; debéis crecer en gracia y en el conocimiento de la verdad."

"No temáis, pequeñitos, porque sois míos, y yo he vencido al mundo, y vosotros sois de aquellos que mi Padre me ha dado; y ninguno de los que el Padre me ha dado se perderá" (D. y C. 50:40–42).

Consideren el mensaje similar de una canción sagrada compuesta por Harry Rowe Shelley

El Rey de Amor mi Pastor es,  
Su bondad nunca deja de ser,  
Nada me falta si Suya soy,  
Y Él mío para siempre es . . .

Perverso e insensato a menudo he sido,  
Sin embargo a mi rescate Él ha venido.  
Y sobre Su hombro me he recostado  
Y a su lado gozosamente me ha llevado.

Sobre Sus hombros, estrechadas en Sus brazos, a Su lado, dondequiera que nos encontremos en relación a Él, Él es nuestro Salvador, nuestro Redentor y nuestro Juez. El presidente Joseph F. Smith enseñó éstas palabras consoladoras: "Dios no juzga a los hombres como nosotros lo hacemos, ni los ve a la misma luz que nosotros. Él conoce nuestras imperfecciones, todas las razones, las causas y los motivos son evidentes para Él. Él nos juzga por nuestras acciones y por la intención de nuestro corazón. Su juicio será justo, mientras que el nuestro es ofuscado por las imperfecciones de los hombres" (*Journal of Discourses*, 24:78).

El élder Richard G. Scott describe los atributos de Dios en estas palabras: "Dios no es un ser celoso que se deleita en perseguir a quienes tropiezan. Él es un Padre absolutamente perfecto, compasivo, comprensivo, paciente y clemente. Él está dispuesto a suplicar, aconsejar, fortalecer y edificar." (*Ensign*, mayo de 1995, pág. 75). Él marcó el sendero y dirigió el camino y nos invita a que lo sigamos. Este sendero claramente demarcado empieza y termina con amor. Si lo seguimos, hallaremos a lo largo de él las demarcaciones que aseguran nuestro viaje seguro por medio de nuestras ordenanzas y convenios.

## EL MODELO DE SACRIFICIO

En el gran concilio en el cielo, nuestro Padre pidió ayuda a llevar a cabo el plan de salvación. El Salvador, sabiendo lo que se requeriría, estaba dispuesto a pagar el precio por nuestros pecados y nuestras almas. Él dijo en el concilio, "Padre, hágase tu voluntad, y sea tuya la gloria para siempre" (Moisés 4:2). Él vino a la tierra, el Hijo de Dios, para hacer la voluntad del Padre y llega a ser nuestro Salvador. Y nos pide que recordemos el convenio: "Mirad las heridas que traspasaron mi costado, y también las marcas de los clavos en mis manos y pies; sed fieles, guardad mis mandamientos y heredaréis el reino de los cielos" (D. y C. 6:37).

Hablando de esta gran redención, el presidente Boyd K. Packer nos dice: "Excepto por . . . los pocos que caen en perdición, no hay ningún hábito, ninguna adicción, ninguna rebelión, ninguna transgresión, ninguna apostasía, ningún crimen que esté exento de la promesa del perdón completo" (*Ensign*, noviembre de 1995, pág. 18).

Comprendo que El en la cruz se dejó clavar  
Pagó mi rescate; no lo podré olvidar.  
Por siempre jamás al Señor agradeceré;  
Mi vida y cuanto yo tengo a El daré.  
Cuán asombroso es que por amarme así muriera El por mí.  
Cuán asombroso es lo que dio por mí.

(*Himnos*, No. 118.)

Éste plan de felicidad requiere que obedezcamos y que sacrifiquemos.

El sacrificio que debemos ofrecer al Señor en rectitud es un corazón quebrantado y un espíritu contrito (véase D. y C. 59:8). Esto es todo lo que verdaderamente tenemos que ofrecer en el altar. Debemos consagrarnos y estar dispuestos a someternos a la voluntad del Señor, hacer nuestros deseos Sus deseos, sacrificar cualquier cosa que se pueda interponer entre nosotros y Él, guardar nuestros convenios aun cuando no sea conveniente o popular o cómodo, aun cuando parezca imposible para algunos. Extendámosle la mano a otros para ministrárnos unos a otros, para abrir nuestro círculo y nuestros brazos y ser una extensión de los brazos del Señor. Aprendamos a amarnos unos a otros como Él nos ama.

En las palabras de la Madre Teresa: "No busques a Jesús en tierras lejanas . . . Él está en ti. Tan sólo manten tu lámpara encendida y él siempre estará contigo." Y ella también dijo: "Da de ti mismo. No sólo des tus manos para servir, sino también da tu corazón para amar. Ora con absoluta confianza en el amor de Dios por ti. Permite que él te utilice sin consultarte. Permite que Jesús te llene de alegría para que puedas predicar sin sermonear" (*Love: A Fruit Always in Season*, Ignatius Press, págs. 67, 29).

Cuan agradecida estoy por las enseñanzas de mi bisabuela, Susan Kent Greene. Cuando su familia fue sacada de Nauvoo a Mt. Pisgah en el verano de 1846, su marido, Evan, levantó su tienda y luego regresó al campamento principal para ayudar a traer a otros

que no tenían ningún medio de transporte. Tan pronto como Evan la dejó a ella y a sus cinco niños pequeños, el bebé de once meses se enfermó. El bebé empeoró rápidamente y pronto se murió en brazos de su madre. Susan tuvo que preparar sola la tumba para el bebé. El 3 de febrero de 1875, ella escribió en su diario: "Hago este convenio de dar lo mejor de mí misma, pidiendo a Dios sabiduría para dirigirme para que yo pueda caminar con él en plena justicia y verdad. Deseo sinceramente ser pura de corazón para ver a Dios. Ayúdame Señor, a vencer el mal con el bien." Firmado por: Susan K. Greene.

Cuan agradecida estoy por su testimonio, un testimonio "escrit[o] no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón" (2 Corintios 3:3).

Oh, si pudiéramos conocer la multitud de sermones que hay entre las hermanas que se encuentran aquí presentes, sermones inspiradores de sacrificio y amor que serán pasados de una generación a otra.

Como ejemplo, permitanme compartir con ustedes una carta que recibí de una de nuestras queridas hermanas, una verdadera discípula del Señor. Esta carta llegó después de yo haber dado un informe sobre una familia en las Filipinas que había estado ahorrando todo el dinero que podía por dos años, anhelando ansiosamente que llegara el momento para tener suficiente dinero para el viaje de ida al Templo de Manila para sellarse como familia eterna para siempre. En el dorso del sobre dice: "Estimado cartero, sé que esta dirección no está completa, pero *por favor* haga todo lo posible por entregarla. Gracias." Una parte de la carta dice, ". . . Sé que hay muchas personas en circunstancias similares y si pudiera los ayudaría a todos. Últimamente he estado luchando con lo que siento como una gran carga de dificultades económicas y mi habilidad usual para contar mis bendiciones no me ha ayudado a salir de este apuro, lo cual ha hecho más difícil que me recupere emocionalmente después de cada golpe. Pero luego eché una mirada alrededor y hallé bendiciones por todas partes, algunas medio ocultas." Ella continúa diciendo, "Mis hijos están sellados a mí, aunque su padre se ha alejado de la familia eterna por su albedrío. Así es que con gratitud por todo lo que tengo doy lo que puedo a esa familia. Quizás en su país cinco dólares alcanzarán para más de lo que alcanzan aquí. Por favor trate de hacerles llegar esto a ellos, o si no, a otras personas necesitadas." ¿Qué precio le pondrían al valor de su enseñanza si sermonear?

## **EL MODELO DE CONVENIOS SAGRADOS**

Somos bendecidos con una limpieza de nuestros pensamientos a través de nuestros convenios. El presidente Ezra Taft Benson explicó, "Cuando tomamos la Santa Cena nos comprometemos a 'recordarle siempre.' Y el tener pensamientos cristianos nos ayuda a formar una vida como la de Cristo" (*New Era*, abril de 1994, pág. 5).

La Santa Cena es lo que nos ayuda cada semana a recordar la expiación del Salvador y nuestros convenios sagrados, entre los cuales los más importantes están disponibles solamente en el templo. En muchas partes del mundo, en muchos idiomas, he oído a las mujeres jóvenes repetir con gran sentimiento su compromiso bautismal de "ser testigos de Dios a todo tiempo, en todas las cosas y en todo lugar," seguido de la última parte del lema

de las Mujeres Jóvenes, que dice: "Estaremos preparadas para hacer convenios sagrados y cumplirlos, para recibir las ordenanzas del templo y para gozar de las bendiciones de la exaltación." En el templo es donde recibimos un repaso de todo el plan de salvación. Aprendemos algo de nuestra vida preterrenal y del propósito de nuestra separación temporal de nuestro Padre y Su Hijo Jesucristo. En el templo podemos hallar paz en cuanto a asuntos para los cuales nuestra mente no tiene respuestas. De las bendiciones del templo aprendemos que podemos ser sanados espiritualmente y también físicamente.

Hay ocasiones en las que no nos sentimos dignos, quizás nos sentimos hasta incómodos de llevar Su santo nombre. Nosotras conocemos mejor nuestras imperfecciones y los momentos cuando la carne es débil y nuestro espíritu se desilusiona por nuestros errores y nuestros pecados. En dichos momentos quizás queremos alejarnos, apartarnos, nos embarga un sentimiento de necesitar poner de lado, al menos por un tiempo, esa relación divina con el Salvador hasta que seamos más dignas. Pero en esos mismos momentos, aunque no seamos dignas, se nos ofrece una vez más que aceptemos el gran don de la Expiación aun antes de que cambiemos.

Cuando sentimos la necesidad de alejarnos, acudamos a Él. En lugar de sentir la necesidad de resistir, sometámonos a Su voluntad con un corazón quebrantado y un espíritu contrito. Con Su ayuda podemos hacer una profunda diferencia. Podemos participar en el cumplimiento de las profecías. Podemos traer las bendiciones del cielo por medio de la obediencia a las leyes. El Señor ha dicho: ". . . sobre mis siervos y sobre mis siervas en aquellos días derramaré de mi Espíritu, y profetizarán" (Hechos 2:18).

No hay por qué extrañarse de que el adversario trate por todos los medios imaginables de contaminar y en lo posible controlar nuestros pensamientos, contaminando el conducto por el cual fluye el Espíritu a nuestra mente y a nuestro corazón. Es maravilloso, pero no sorprendente, que después de la admonición de "ser fieles y diligentes en guardar los mandamientos de Dios," Él nos dice cómo se puede lograr esto con estas pocas pero apremiantes palabras sencillas, "Elevad hacia mí todo pensamiento; no dudéis; no temáis" (D. y C. 6:36). La duda y el miedo son enemigos que pueden esclavizarnos en las paredes de una prisión creadas por nosotros mismos. Los pensamientos no tienen que ser malos, sólo tienen que distraernos lo suficiente como para debilitar la comunicación para que no escuchemos los susurros del Espíritu. El elevar hacia Él todo pensamiento erradicará pensamientos que alimentan el fuego de los celos, la envidia, el orgullo y las enfermedades relacionadas con éstos que distraen y destruyen. El rey Benjamín en su último discurso advirtió sobre estos peligros: "Y por último, no puedo deciros todas las cosas mediante las cuales podéis cometer pecado; porque hay varios modos y medios, tantos que no puedo enumerarlos. Pero esto puedo deciros, que si no os cuidáis a vosotros mismos, y vuestros pensamientos, y vuestras palabras y vuestras obras, y si no observáis los mandamientos de Dios . . . debéis perecer" (Mosíah 4:29–30).

Nos han instruido así: "Deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios" (D. y C. 121:45). El presidente David O. McKay dijo, "El gran maestro no hizo hincapié constantemente en ningún otro principio de la vida tanto como en la necesidad de tener



buenos pensamientos" (*Instructor*, septiembre de 1958, pág. 259). El intento del destructor de llenar nuestras mentes con pensamientos negativos e injustos no es un ataque pequeño sino una gran confrontación. Se ha dicho, "En el arsenal del pensamiento, se forman armas con las cuales los hombres se destruyen a sí mismos." Sabiendo lo que sabemos, ¿permitiríamos que entraran en nuestro hogar películas, programas de televisión, videos, música, propagandas o entretenimiento seductor de cualquier clase que de alguna manera nos pueda llevar a nosotros y a nuestras familias cautivos contaminando nuestras mentes?

Recuerdo una lección que escuché cuando era pequeña en la cual mi maestra de la Primaria hizo énfasis con esfuerzo considerable en el peligro de permitir que las malas palabras entraran en nuestras mentes. Esto fue mucho antes de tener televisión, internet, películas clasificadas para mayores y otras cosas por el estilo. Yo salí de esa clase preocupada. Las dos palabras más peores que sabía, las cuales ni se considerarían como jerga hoy en día, captaron mi atención y pasaban por mi tierna mente. Recuerdo estar sentada en mi pupitre/escritorio en la escuela al día siguiente muy agobiada. Entre más me esforzaba por no pensar en esas dos palabras, más constantes parecían ser. No las podía sacar de mi mente. A la semana siguiente, según recuerdo, uno de los versos que repetíamos de memoria en la Escuela Dominical cada semana vino a mi mente como un rescate a mis pensamientos:

Purifica nuestros corazones, Salvador nuestro,  
No permitas que vayamos por mal camino,  
Para que podamos ser dignos  
De tu espíritu día tras día.

Cuando nuestros corazones son justos, nuestros pensamientos son justos. Y Dios conoce nuestros pensamientos y las intenciones de nuestro corazones (véase D. y C. 6:16). Después de ese día, por años, cuando un pensamiento indeseable captaba mi atención, yo repetía las palabras de ese viejo verso.

Ustedes deben tener memorizado su propio verso, y este cambiara de vez en cuando. Actualmente, el verso que repito una y otra vez es, "Elevad hacia mí todo pensamiento; no dudéis; no temáis."

Al ser mortales, estamos embarcados en un viaje por una vida en el cual muchas cosas diferentes nos suceden, y a cada momento podemos escoger cómo vamos a reaccionar. Podemos nutrir pensamientos y sentimientos negativos, haciendo que éstos pasen repetidas veces por la pantalla de nuestra mente como películas viejas, reviviendo las experiencias una y otra vez, con las mismas emociones, alimentando la lástima de nosotros mismos y nuestra desdicha. O podemos cambiar nuestros pensamientos. No debemos jugar con pensamientos que al principio parecen ser triviales y que al final llegan a ser trágicos. Los pensamientos negativos que distraen, por más justos que parezcan ser, son una carga demasiado pesado para llevar. Algunos pueden tratar de salvarse de la responsabilidad diciendo, "No hay nada que pueda hacer en cuanto a mis sentimientos, así soy yo." Por si acaso alguna vez tenemos la tentación de pensar así, consideremos las palabras del presidente George Q. Cannon: "Es cierto que algunos tienen más poder de resistencia que

otros pero todos tienen el poder de cerrar su corazón contra la duda, contra la oscuridad, contra la incredulidad, contra la depresión, contra el enojo, contra el odio, contra los celos, contra la malicia, contra la envidia."

"Dios nos ha dado Su poder a todos nosotros y podemos adquirir aún más poder pidiéndole la ayuda que necesitamos. Si no fuera así, cómo podríamos ser condenados por dejarnos llevar de malas influencias. Dios nos ha dado poder para resistir estas cosas, para que nuestros corazones puedan estar libres de dichas influencias y también de la duda. Cuando Satanás viene y nos ataca, tenemos el privilegio de decir, 'Quítate de delante de mí, Satanás; porque no tengo ni parte ni porción en ti y tú no tienes ninguna parte en mí'" (*Gospel Truth*, Volumen 1, pág. 19).

Tengo en mi estante en casa un libro que me regaló una amiga que tiene un buen sentido del humor. Ella escribió una nota al frente diciendo que quizás me podría servir el contenido. El título del libro es *Cómo hacerte miserable*. Hay un capítulo sobre el poder del pensamiento negativo y otro sobre cómo convertir sus preocupaciones en ansiedades. Da instrucciones para las condiciones óptimas para darle vueltas a un problema. Contiene información sobre cómo hacerse uno miserable acerca del futuro (qué tal que) y otro capítulo sobre cómo hacerse uno miserable acerca del pasado (si tan sólo hubiera). Les confieso que he puesto a prueba todo y ¡no lo recomiendo en absoluto!

## VENCER LA OPOSICIÓN

¿Podría haber jamás un tiempo en nuestras vidas cuando nos estamos esforzando por guardar los mandamientos, por ser obedientes, sí, aun por sacrificar todo lo que podemos, y ni siquiera sentir Sus brazos de amor y misericordia? ¿Podría ser que Él nos ha extendido la mano pero no hemos permitido que nos alcance? Él nos dice a cada uno de nosotros todos los días de nuestras vidas, "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apocalipsis 3:20). ¿Alguna vez nos hemos negado a abrir la puerta, quizás porque estamos demasiado ocupados, o demasiado cansados, o porque no oímos el llamado, o porque a veces dudamos de si Él está allí?

En mi propia vida propia recuerdo un tiempo muy difícil cuando yo, sin darme cuenta, me negué a dejar que Él entrara. Fue un Día de la Madre. Al final de la reunión de Escuela Dominical, una joven que estaba participando en el tributo tradicional a las madres trató de forzar un pequeño geranio en una maceta, el cual no estaba todavía en flor, en mi puño apretado con firmeza. El puño apretado sólo simbolizaba mi corazón y mi mente afligidos con una miríada de preguntas por contestar. ¿Por qué? ¿Por qué?

Algo acerca de la inocencia del rostro de esta jovencita me ablandó el corazón lo suficiente al menos para hacerme abrir la mano y aceptar el regalo. Llevé la plantita a casa, y con el tiempo los rayos del sol hicieron salir los brotes, los cuales gradualmente abrieron y se convirtieron en flores rosadas. De esta pequeña planta que quería rechazar vino un mensaje: "Si tan sólo abres tu mano y tu corazón, el Hijo, el Hijo de Dios, vendrá a ti." Doy testimonio de que si en lugar de envolver nuestros brazos vacío y llenos de dolor alrededor

de nosotros mismos los abrimos, Él nos estrechará en Sus brazos, Sus brazos de misericordia, Sus brazos de amor y comprensión, y podremos abrir nuestros brazos a otros. Si por la duda y el temor apretamos nuestros puños, Él no puede pasar.

Pensando en esa experiencia, puedo apreciar más plenamente el hecho de que algunas de mis oraciones más fervientes han sido contestadas con paz en la mente sólo después de haber regresado una y otra vez, sí aun por años, y en el proceso me he familiarizado con la voz del Señor en mi mente y en mi corazón. En mi humilde intento de escribir poesía recientemente escribí estos pocos versos mientras estaba sentada en un tronco junto a un arrollo en nuestro vecindario:

Hay un lugar por donde camino no muy lejos de mi hogar,  
Lejos de la carretera donde sola puedo estar.  
Un lugar quieto, solitario.  
Una invitación a meditar.

Las rocas y el agua lo hacen el lugar perfecto,  
Los símbolos de Su vida no se pueden olvidar.  
Un lugar para ordenar, para discernir, para aclarar la visión,  
Y recordar que por mis debilidades, Él ha hecho restitución.

En mi meditación, una forma de oración,  
Pienso y reflexiono y siento Su presencia.  
Cuando se requiere una limpieza, que por cierto es necesaria,  
Recuerdo Su amor y sé que Suya soy.

He sido comprada con un precio que sólo Él puede redimir.  
Mi Salvador Él es, llevo Su nombre.  
En este lugar tranquilo como una urna Celestial,  
Escucho en mi corazón, Hija, mía eres.

¿Hay alguien que no ha tenido la ocasión de clamar en algún momento y suplicar con un candente deseo de alcanzar y estirarse lo suficiente para conectarse con Dios? Él nos dice, "Allegaos a mí, y yo me allegaré a vosotros" (D. y C. 88:63). Después de largos períodos de ayuno y oración, no nos hemos acaso preguntado "Pero Padre, ¿qué más puedo hacer?"

Un día en nuestro progreso, aprendemos a mantenernos firmes y aprendemos a deshacernos de algunas cosas. Aprendemos a diferenciar entre las cosas a las que nos debemos aferrar firmemente y aquellas que debemos soltar si vamos a dejar que crezca nuestra fe. Éste es un paso gigantesco en nuestro desarrollo espiritual.

Ya no necesitamos que las cosas se hagan a nuestra manera, ni ahora, ni nunca. No necesitamos todas las respuestas, y no necesitamos promesas adicionales. Hemos logrado confiar en las palabras del salmista, "Echa sobre Jehová tu carga, y él te sustentará" (Salmos

55:22).

Ustedes recordarán el relato de María Magdalena cuando quedó llena de pesar al inclinarse para mirar en la tumba y encontrarla vacía. Todo su corazón quedó consumido por la ansiedad del momento, ella no reconoció a la persona que estaba parada a su lado. En la tranquilidad de la escena en el jardín, en la época de primavera del año y la frescura de un nuevo día, el Salvador la llamó por su nombre, "María." Una palabra convirtió su pesar en alegría. Ella reconoció el tono de Su voz. Ella lo reconoció a Él. A cada uno de nosotros Él nos dice, "Estad quietos, y conoced que yo soy Dios" [Salmos 46:10]. Cuando nos dejamos consumir en dudas y temores en lugar de fe y esperanza, tal vez encajamos en la descripción de C. S. Lewis, "El momento en el cual en su alma no queda más que una súplica pidiendo ayuda, puede ser el momento preciso cuando Dios no le puede ayudar: usted es como el hombre que se está ahogando, y a quien no se le puede ayudar porque él está tratando de agarrar. Quizás sus propios lamentos lo ensordecen impidiéndole oír la voz que usted espera escuchar" (*A grief Observed*, San Francisco: Harpers, pág. 59).

Un padre me contó de la angustia que él y su esposa sentían por su hijo desobediente, lo cual consumía toda su atención, por supuesto; ni por un momento se apartaba este hijo de sus pensamientos. Ellos repetían constantemente la declaración, "Ningún éxito en la vida puede compensar el fracaso en el hogar." Estaban agobiados, abrumados por la evidencia del aparente fracaso.

Ellos no recordaron las consoladoras palabras del élder Marvin J. Ashton, "Fracasamos verdaderamente cuando dejamos de creer en un hijo, hija, madre, padre, o en nosotros mismos." Nunca debemos perder la esperanza, pero debemos tratar de ser más moderados. Debemos moderar nuestros sentimientos de angustia y duda, confiar en el Señor con todo nuestro corazón para hacer lo que no podemos hacer por nosotros mismos. Luego, con nuestro corazón lleno de fe y no de temor, nuestros brazos estarán totalmente abiertos y nuestro corazón estará lleno de amor, un poder que puede penetrar al pródigo.

## **PODEMOS ENFRENTAR EL DESAFÍO**

Hermanas, a medida que enfrentamos los desafíos que tenemos, nuestras aflicciones, nuestras adversidades, nuestras tribulaciones y nuestras pruebas nos hacen extender la mano y estirarnos lo suficiente para tocar el borde de Su manto. Yo no sé cuáles son las circunstancias cuando ustedes extienden la mano y no pueden tocar. Yo sé que muchas veces extendiendo la mano pero aparentemente no hago la conexión, pero me he dado cuenta que Él está ahí, siempre está ahí, aunque a veces debo caminar por la fe. Nunca permitan que esas ocasiones en las que no hacen la conexión debiliten su testimonio de aquellas ocasiones cuando han sentido y reconocido la presencia del Espíritu. El Señor le dijo a Oliverio Cowdery, "De cierto, de cierto te digo: Si deseas más testimonio, piensa en la noche en que me imploraste en tu corazón, a fin de saber tocante a la verdad de estas cosas. ¿No hablé paz a tu mente en cuanto al asunto? ¿Qué mayor testimonio puedes tener que de Dios?" (D. y C. 6:22–23).

Debo contarles acerca de mi querida tía Alice y una noche cuando vino paz a su

mente. Oh, ojalá ustedes hubieran conocido a esta mujer con su espíritu indomable. A la edad de noventa y tres años ella asistió a un baile de la estaca, y bailó, por supuesto. Después de acostarse en la noche, se despertó. Su pierna estaba hinchada, su corazón palpitando fuertemente, y tenía miedo de que se iba a morir. Ella me dijo que no la podían encontrar muerta en la cama en el estado en el que ella estaba, entonces se levantó, tendió la cama, se puso la camisa de dormir más nueva que tenía, se maquilló, se peinó, y se fue a morir en un sillón en la sala, viéndose muy bonita. Ella dijo que había quedado muy sorprendida al despertarse todavía viva en la mañana. Ella ya se murió, pero permítanme llevarlas entre bastidores en la vida de esta admirable mujer, para que aprendamos de su vida.

No mucho antes de su muerte, le pidieron que hablara en una conferencia de estaca sobre "Cómo adquirir la capacidad para amar como amó nuestro Salvador." Ella me envió una hermosa copia de su manuscrito y me dio permiso de compartirlo. Empieza: "El amor de nuestro Salvador va más allá de nuestro entendimiento. Cuando me casé pensé que ése era el amor más perfecto que existía." Luego ella habla de cuando llamaron a su esposo a servir una misión en el extranjero. Después de haber estado él en el campo misional cerca de un mes, nació su primer bebé. Ella dice, "Él se convirtió en el centro de mi amor y mi existencia por dos años largos. Cuando mi esposo regresó, nuestras vidas se llenaron de amor y agradecimiento por este adorable niño. Cuando él tenía cinco años tuvo un accidente y se murió. Parecía que nos habían apagado toda la luz del mundo. Mientras que yo caminaba por las calles en la noche sin poder dormir, con la esperanza de ver el rostro del niño en una nube en alguna parte, llegué a amar a mi Padre Celestial más al meditar en Sus palabras, 'Quedaos tranquilos y sabed que yo soy Dios.'"

Ella continúa contando acerca de otro hijo, Mark, salió a una misión cuando era joven. Poco antes de que lo relevaran de su misión, ella recibió una llamada del presidente de la misión diciendo que Mark estaba gravemente enfermo. Tenía cáncer en el pulmón. "Parecía increíble," dijo ella, "teníamos mucha fe en que sanaría por medio del ayuno y la oración, pero no fue así."

Ella menciona que su vida no era como debía ser la vida de un santo de los Últimos Días en ese tiempo. Ella no dice más acerca de esto, pero agregaré que su esposo había dejado de guardar sus convenios, y la consecuencia resultó en trágicos hábitos adictivos. Ella escribió lo siguiente acerca de esta época, "Después de acostar a mi bebé y de que los dos niños mayores se habían acostado, me arrodillé junto al sofá y derramé mi corazón a nuestro Padre Celestial como nunca antes lo había hecho. Pensé que mi corazón se iba a despedazar por el profundo dolor que sentía. Dije, 'Padre, si las cosas no pueden cambiar, si tan sólo supiera que has escuchado mi oración, entonces con el amor que tengo por estos queridos niños, sobreviviremos.' Mientras estaba arrodillada allí en humilde oración, me embargó un caluroso sentimiento de paz que sobrepasa todo entendimiento, y aunque no vi a nadie, pude sentir la presencia de un ser sagrado allí."

Ella continúa, "seguramente nunca caminaré donde Jesús caminó en esta vida, pero yo sabía que había caminado y sentido Su presencia allí. Nunca me arrodillé en el Jardín de Getsemaní donde Él oró totalmente solo, pero cuando me arrodillé y oré, yo no estaba sola.

Un ser divino estaba allí. Yo pude tomar mi carga pesada y con Él a mi lado subí la colina del Calvario donde en la cruz Él murió por mis pecados y por los tuyos. Mi carga pesada desapareció y viví, viví como nunca antes había experimentado la vida.

"Mi alma se llenó de dulce paz y a medida que creció mi amor por mi Salvador recordé las palabras en Juan 17:3, 'Y ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado.'"

Hermanas, éste es nuestro tiempo y nuestra estación al acercamos al año 2000 y a un nuevo milenio.

Salgamos de esta conferencia con la fe, la visión, y la determinación de seguir el modelo que el Salvador nos ha dado, el cual garantiza las bendiciones no sólo para nosotros y nuestras familias sino para todos los hijos de Dios en todas partes. Sintamos profundamente el poder, la fortaleza y la influencia para el bien de nuestras resoluciones individuales y unidas. Con una confianza renovada y con el compromiso de cumplir con los convenios que hemos hecho, llegaremos a ser, en todo respecto, mujeres de Dios. Respondamos al llamado de nuestro profeta de levantarnos como mujeres de Sión.

Hagamos frente al gran desafío que tenemos ante nosotras, usando las palabras de Pablo como nuestra promesa solemne: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? . . .

"Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor" (Romans 8:35, 37–39).

Al compartir el tiempo de esta breve conferencia juntas, en reuniones pequeñas o grandes, sintamos el poderoso lazo de hermandad y la justa influencia que emana de esta reunión a través del amor, la obediencia, el sacrificio y el servicio. Cuando salgamos de esta conferencia, llevemos en nuestro corazón las tiernas palabras de la canción, *En los brazos de misericordia*, que la hermana Gladys Knight cantará para nosotros.

La poderosa fortaleza que he construido  
Alrededor de mi insensato corazón  
Cómo se desploma y se cae  
Cuando dejo todo en Sus misericordiosos brazos.  
Dulce la entrega, dulce el abrazo.  
Dulce el perdón para siempre  
Indigno de Su gracia.  
Seguro en sus brazos, descansando y tranquilo  
Dulce es el amor  
Que nos espera en Sus misericordiosos brazos.

Doy mi testimonio de estas verdades eternas, sabiendo que lo que queda atrás o lo que ha de venir no es tan importante como lo que hay dentro de nosotras.

En el nombre de Jesucristo. Amén.